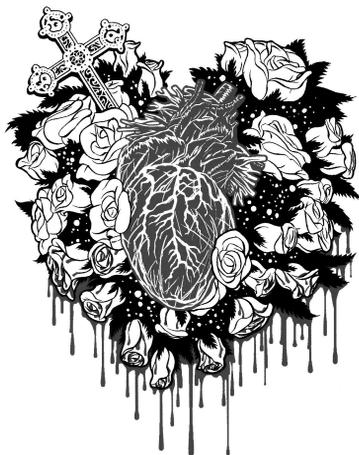


MATS STRANDBERG  
SARA B. ELFGREN

# FUEGO



*Traducción:*

CARMEN MONTES CANO y VIOLETA RUIZ ARCAS

MAEVA  young

I

La luz del sol entra a raudales por las ventanas de la habitación desvelando cada mancha de suciedad revenida en el tejido blanco que recubre las paredes. Un ventilador gira despacio en el suelo. Aun así, el calor es insoportable.

—¿Qué tal el verano?

Jakob, el psicólogo, lleva pantalón corto y está cómodamente sentado en el sillón de piel cobriza.

Linnéa no puede contenerse y le sondea el pensamiento. Percibe el malestar que le produce la sensación de la piel pegándosele a la parte posterior de los muslos y la alegría sincera que siente al verla. Enseguida se retira, un poco avergonzada.

—Bien —responde, pero piensa: una mierda.

Clava la mirada en el póster enmarcado que hay detrás de Jakob. Formas geométricas en colores pastel. No puede imaginar nada más vacío de mensaje, y se pregunta si existirá algún motivo para que Jakob lo haya colgado ahí.

—¿Te ha pasado algo especial de lo que quieras hablar?

Define «especial», piensa Linnéa, y mira airadamente un triángulo azul que flota por encima de la coronilla afeitada del psicólogo.

—No exactamente.

Jakob asiente y no dice nada más. Desde que Linnéa descubrió que es capaz de leer el pensamiento, se ha preguntado a veces si aquel hombre no posee una variedad menos extrema del mismo poder, si no será que, de alguna manera, ve lo que le pasa por la cabeza. Jakob siempre sabe cuándo guardar ese tipo de silencio que a ella la impulsa a hablar más. Por lo general, Linnéa suele resistirse bastante bien, pero hoy las palabras brotan irremediabilmente.

—Me he peleado con una amiga, más o menos. Bueno, en realidad, con varias.

Linnéa hace bailar en el pie una de las sandalias de goma. A decir verdad, odia las sandalias, pero con ese calor tan tremendo es imposible llevar otro calzado.

—¿Qué ha pasado? —dice Jakob con tono neutral.

—Pues yo tenía un secreto. Algo que las demás deberían haber sabido, pero que yo me había callado. Y al final, cuando se lo conté, se enfadaron por no habérselo dicho mucho antes. Ahora resulta que no confían en mí.

—¿Quieres contarme cuál es el secreto?

—No.

Jakob asiente. Linnéa se pregunta cómo cambiaría ese tono suyo tan profesional si le contara la verdad. Desde luego, al principio no la creería. Pero entonces podría decirle que, antes de haber logrado controlar su poder, a veces captó sus pensamientos sin pretenderlo, y que por eso sabe que, el otoño pasado, le fue infiel a su mujer con una colega. Ese es su secreto mejor guardado.

El psicólogo se asustaría. Se sentiría siempre incómodo en su presencia, exactamente igual que las Elegidas.

Unos días después de la fiesta de fin de curso, todas revelaron por fin sus secretos. Mino les contó toda la verdad de lo que ocurrió aquella noche en el comedor del instituto, les habló del humo negro que nadie más podía ver, el que exhalaban tanto ella como Max, la bendición de los demonios. Anna-Karin les dijo que había tenido embrujada a su madre todo el otoño, y les confesó lo lejos que había llegado con Jari. Secretos de envergadura, pero nada comparado con lo que Linnéa tuvo que desvelar: que su poder consistía en la capacidad de leer el pensamiento. Y que llevaba casi un año leyendo el de ellas sin decir una palabra.

Desde entonces, nada ha sido igual. Llevan todo el verano viéndose regularmente para practicar sus poderes mágicos, y Linnéa ha notado que las demás evitan mirarla. Vanessa apenas le ha dirigido la palabra en todas las vacaciones. Cada vez que lo piensa, siente

como si le destrozaran el corazón enchufándole en el pecho una batidora de hojas afiladas.

—¿Cómo reaccionaste cuando se enfadaron contigo?

—Pues intenté defenderme. Pero claro, yo entendía por qué... Quiero decir que... Yo me habría cabreado muchísimo si hubiera estado en su lugar.

—¿Y por qué no les contaste el secreto mucho antes?

—Sabía que lo fliparían cuando se lo contara.

Una vez más, el silencio del psicólogo. Linnéa se mira los pies. Lleva las uñas pintadas de negro.

—Y además, en cierto modo, me gustaba —añade Linnéa.

—¿Te gustaba?

—Sí, tener una especie de ventaja sobre ellas.

—Permitir que la gente entre en nuestra vida puede ser difícil. Dejar que se nos acerquen realmente. A veces nos sentimos más seguros con nuestra soledad.

Linnéa no puede contenerse y suelta una risita.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Levanta la vista y contempla su sonrisa afable. ¿Qué sabrá él lo que es estar solo? No como cuando todos están ocupados justo esa noche, o como cuando tu mujer se ha ido de congreso. Simplemente te duele todo, que sientes que los átomos de tu cuerpo se desligan unos de otros y estás a punto de desintegrarte en una gran Nada. Simplemente necesitas gritar al aire para oír que aún existes. Simplemente nadie se preocuparía si desaparecieras.

Enseguida se le despliega la lista en la cabeza. Lleva ahí desde que tiene memoria, la lista de «A quiénes les importaría que me muriera». Desde que asesinaron a Elias, no hay ningún nombre seguro.

Jakob comprende que no piensa contestar, porque cambia de tema.

—Antes de las vacaciones me contaste que habías conocido a una persona por la que sentías algo.

Ahí está otra vez la batidora asesina.

—Ya se me ha pasado —miente Linnéa—. Era demasiado difícil.

Plin, plon, plin... La sandalia sigue balanceándose mientras ella evita mirar a Jakob.

Él sigue preguntando y Linnéa responde mecánicamente, lo alimenta con una pequeña verdad por aquí, una gran mentira por allá.

Hay tantas cosas que no le puede contar... «El mundo no es como tú crees. Está lleno de magia. Y Engelsfors será el centro de una batalla interdimensional. El bien contra el mal. Unas cuantas chicas del instituto y yo, contra los demonios. Y, por cierto, soy una bruja. He sido elegida para vencer al mal y detener el Apocalipsis. ¿Alguna pregunta?»

Además, hay tantos secretos no relacionados con la magia que Jakob nunca sabrá... «Después de la muerte de Elias, empecé a acostarme con Jonte, exacto, mi viejo amigo el camello, y sí, fumaba con él. Pero luego lo dejé, y nunca más, lo prometo, y soy lo bastante responsable como para vivir sola en mi apartamento. Y Diana la de los servicios sociales y tú os lo vais a creer, ¿a que sí?»

Iría directa a un centro para jóvenes, desde luego. O a una nueva familia de acogida. Con padres de acogida distintos de Ulf y Tina. Ellos nunca intentaron hacer de ella otra persona, jamás trataron de jugar a ser la familia perfecta. Comprendieron que llevaba muchos, muchísimos años sin ser una niña, que quizá nunca lo fue. Si no se les hubiera ocurrido irse a Botsuana para poner en marcha una escuela, Linnéa se habría quedado a vivir con ellos.

—¿Y cómo te sientes ahora que empiezan las clases? —pregunta Jakob, y Linnéa se da cuenta de que lleva callada un buen rato.

—Bien.

—¿Piensas mucho en Elias?

A veces le sorprende que todavía le duela tanto oír su nombre.

—Pues claro que sí —responde airada, aunque sabe que Jakob no preguntaba con mala intención—. Pienso en él todos los días. Y hoy, sobre todo.

—¿Por qué hoy?

Lo echa tanto de menos que le estalla el corazón y Linnéa tiene que concentrarse para no echarse a llorar.

—Es su cumpleaños.

Jakob asiente y la mira compasivo. Linnéa lo odia. No quiere ser una de esas personas de las que todo el mundo se compadece. Sabe que está destrozada por dentro, pero detesta verlo en los ojos de los demás, ver cómo están deseando coger el pegamento, tratar de pegar todas las piezas hasta que parezca que está entera.

Vuelve a husmear en la mente de Jakob y comprende que está esperanzado, que cree que ha conseguido establecer un canal de comunicación, que está a punto de abrirse, de hablar más de Elias.

En venganza, se mantiene callada los diez últimos minutos.

*Te echo de menos. No se me pasa. Es solo que a veces me duele un poco menos.*

*Odio que discutiéramos la última vez que nos vimos. ¡Me preocupaba muchísimo lo que te estaba ocurriendo! Ahora creo que comprendo por lo que estabas pasando. Que tú también habías empezado a descubrir en ti algo nuevo e inexplicable, igual que yo.*

*Creía que me estaba volviendo loca, y tú debías de sentirte igual. Estarías aterrado.*

*Si hubiéramos hablado, si nos hubiéramos contado nuestros secretos, quizá todo habría sido diferente.*

*Si hubieras nacido en un lugar distinto de esta porquería de ciudad, quizá hoy estarías vivo.*

*Sé que no sirve de nada pensar así, pero no puedo evitarlo.*

*Hago listas de todos los pequeños detalles que hacían que fueras tú.*

*Como lo de quitar siempre el pepino de la hamburguesa vegetal, y yo no me explicaba por qué no la pedías sin pepino. Como lo de que Poppy Z. Brite, Edgar Allan Poe y Oscar Wilde eran tus escritores favoritos. Tengo subrayados los fragmentos que me leías por teléfono algunas noches. Y que me prometiste que me llevarías a Japón antes de que cumpliéramos los treinta. Una vez me dijiste que si hubieras sido chica, habrías querido llamarle Lucretia. ¿De dónde coño te sacaste ese nombre? Y nunca te enamorabas de famosos de verdad, solo de personas inventadas, como Misa Amane, con lo irritante que es, y Eduardo Manostijeras. Y me pediste que*

*te prometiera que nunca te olvidaría si morías antes que yo. Típico de ti, decir una tontería semejante. Como si pudiera olvidarte.*

*Eres mi hermano en todo, menos de sangre. Siempre te querré.*

Linnéa arranca la hoja del diario con cuidado y la dobla. Luego hace un agujerito en la tierra porosa del rosal que hay junto a la tumba de Elias. Las rosas blancas ya han florecido, y las hojas tienen el borde ajado y reseco. Empuja el papel doblado. Lo entierra. Se limpia las manos en la falda negra y se queda allí sentada.

Entre los viejos tilos se divisa la casa parroquial, al otro lado del cementerio. Linnéa mira la ventana de la que fuera casa de Elias. El cielo se refleja claro en los cristales. A Elias le encantaba la vista del cementerio. Y no sabía que estaba contemplando su propia tumba.

No sopla la menor brisa y el sol abrasa el camposanto, calienta las tumbas. La hierba amarillea y la tierra está reseca y resquebrajada. En junio, el *Engelsforsbladet* anunció eufórico el récord del verano. Ahora, en agosto, ese récord se traduce en ancianos que mueren deshidratados y en campesinos que ven cómo se va a pique su economía.

El móvil emite un pitido y Linnéa no tiene fuerzas ni para mirar la pantalla. Olivia, la única amiga que le queda de la antigua pandilla, lleva toda la mañana estresándola con mensajes. No la ha llamado en todo el verano pero, ahora que le conviene, da por hecho que va a salir corriendo para ir con ella. No piensa responder, desde luego.

Saca la botella de agua de la bolsa, la destapa. No importa cuánto beba, sigue teniendo sed. De todos modos, rocía el rosal con las últimas gotas.

Guarda la botella y saca dos rosas rojas que ha cortado de un seto del Storvallsparken. Ya están mustias. Pone una en la tumba de Elias. Luego se levanta y deja la otra en la que tiene el nombre de Rebecka.

Echa una última ojeada a la tumba de su amigo. Antes esperaba poder leer la mente de los muertos, poder entrar en contacto con ellos. Pero hasta ahora no ha conseguido oír lo que piensan, si es que están ahí.

Antes, Linnéa creía que todo acababa al morir. Ahora, al menos, sabe que hay espíritus.

*Están donde tienen que estar*, dijo Minoos cuando se reunieron junto a las tumbas después de la fiesta de fin de curso.

Linnéa espera que sea verdad, que Elias esté en algún lugar, en un sitio mejor.

Piensa en lo que dijo Max en el comedor cuando trató de obligarla a desvelar el nombre de las demás Elegidas.

*Elias te espera, Linnéa.*

Una parte de ella siente la tentación de averiguar si el aliado de los demonios decía la verdad.

*Volveréis a estar juntos.*

Ya no puede contener las lágrimas. Las deja rodar mientras camina. Qué más da. ¿Qué mejor sitio para llorar que un cementerio?

En la bolsa tiene una rosa más. Es para su madre.

Linnéa está a punto de tomar el sendero que conduce al columbario cuando atisba una sombra negra que se mueve a ras de tierra, por entre las tumbas.

Se detiene.

Se oye un largo maullido y el *familiaris* de Nicolaus se desliza hacia el sendero, delante de ella. *Gato*, al que nadie ha puesto otro nombre, parece haber perdido más pelo aún durante el verano. La mira enfurruñado con su único ojo.

Linnéa nunca ha conseguido leer el pensamiento de un animal, pero comprende enseguida que *Gato* quiere algo. Se estira y maúlla. Luego entra en una vereda estrecha que conduce a la parte antigua del cementerio. Se detiene a veces para cerciorarse de que Linnéa lo sigue.

El cementerio está cercado por un muro de piedra no demasiado alto. *Gato* se para a la sombra, junto a una lápida alta recubierta de musgo y de líquenes gris claro.

*Gato* vuelve a maullar con un lamento alto y chillón, y frota la cabeza suavemente contra la piedra.

—Sí, sí—dice Linnéa, y se arrodilla.

Se sorprende al notar en las rodillas desnudas lo fresca que está la tierra. Alarga la mano, retira el musgo de la lápida y trata de descifrar las letras erosionadas.

NICOLAUS ELINGIUS

MEMENTO MORI

Un frío le recorre todo el cuerpo, como si los espíritus de los muertos estuvieran allí mismo, extendiendo los brazos hacia ella desde la tierra.



## Z

**M**inoo se ha buscado un rincón propio en el jardín. Detrás de la casa, a la sombra de un arce, ha colocado una tumbona donde sentarse con sus libros. Está tan lejos de la casa como le permite la extensión de la parcela. Por desgracia, no lo bastante como para poder ignorar lo que sucede dentro.

Minoo entrevé por la ventana de la cocina la silueta de su padre, que se mueve por la habitación con paso lento. Cuando desaparece de su campo de visión, le oye decir algo a gritos. Grita tanto que los cristales de las ventanas deberían vibrar. Su madre le responde también a gritos. Minoo se pone los auriculares e intenta sumergirse en la canción de Nick Drake. Pero la música solo consigue que sea más consciente aún del ruido del que trata de abstraerse.

Antes, sus padres siempre habían negado que se pelearan, y llamaban «discusiones» a sus disputas por lo mucho que trabajaban y por la salud de su padre. En algún momento del verano, dejaron de fingir.

Seguramente sería maduro pensar que los enfrentamientos entrañan algo saludable. Que lo que lleva tanto tiempo bullendo bajo la superficie, por fin sale a la luz. Pero Minoo se siente como una mocosa asustada cuando piensa en la palabra «divorcio». Quizá habría sido más fácil si hubiera tenido hermanos. Pero esa es la única familia que tiene. Su madre, su padre y ella.

Minoo trata de concentrarse en el libro que descansa sobre sus rodillas. Es una novela policíaca, de Georges Simenon, que ha encontrado en la estantería de su padre. Tiene el lomo desgastado y de vez en cuando se le desprende alguna página amarillenta cuando

la hoja. Es un buen libro. O al menos eso intuye. No puede meterse en el argumento. Es como si la puerta que abre paso al universo de la novela estuviera cerrada para ella.

Ve un reflejo con el rabillo del ojo. Se quita rápidamente los auriculares y se da la vuelta.

Gustaf lleva puesta una camiseta blanca que le realza el moreno y los reflejos dorados del pelo aclarado por el sol. Hay gente que está hecha para el verano. Definitivamente, Minoos no es una de ellas.

—Hola —dice él.

—Hola —responde Minoos.

Echa una ojeada nerviosa hacia la casa. Ahora está silenciosa, pero ¿por cuánto tiempo?

—Pareces sorprendida —dice Gustaf—. ¿Se te ha olvidado que habíamos quedado hoy?

—No, es que he perdido un poco la noción del tiempo.

Se oye un portazo y el padre de Minoos empieza a gritar otra vez. La madre responde con una retahíla de palabrotas. Gustaf no se inmuta, pero tiene que haberlo oído todo. Minoos se levanta tan rápido que el libro se le cae al suelo. No lo recoge.

—Ven —dice y se aleja con paso rápido.

Cuando llega al final del jardín se da la vuelta impaciente. Gustaf ha recogido el libro y lo ha dejado en la tumbona. La mira, sonrío y se apresura a alcanzarla.

Van caminando despacio por Engelsfors. Es imposible moverse a un paso normal. El calor los aplasta contra el suelo. Es como si la gravedad se hubiera multiplicado por diez.

Minoos nunca le ha visto sentido a eso de tomar el sol en la playa. Pero este verano ha llegado casi a plantearse ir al lago Dammsjön, que es adonde el resto de los habitantes de Engelsfors van a refrescarse un poco. Sin embargo, siempre la disuade la idea de quitarse la ropa delante de la gente. Le cuesta hasta enseñar la

cara. No puede decirse que aquella ola de calor haya hecho maravillas con su cutis. Un grano especialmente llamativo le late en la sien e intenta ocultarlo con un mechón de pelo para que Gustaf no lo vea.

Al igual que es difícil determinar el momento en que sus padres empezaron a pelearse abiertamente, tampoco puede señalar cuándo empezaron Gustaf y ella a ser amigos.

La distancia entre ella y el resto del mundo se redujo cuando por fin se atrevió a hablarles a las demás Elegidas del humo negro. Pero no era la misma Minoos de antes. Su amiga, Rebecka, estaba muerta. Asesinada por Max, a quien Minoos había querido más que a nadie. Max, que dijo que los demonios tenían un plan para ella. No sabía qué implicaba ese plan, del mismo modo que lo ignoraba todo sobre los poderes que albergaba dentro de sí.

Pero en medio de todo aquel desconcierto estaba Gustaf. Al principio de las vacaciones de verano trató de convencerla de que fueran al lago Dammsjön pero, como siempre le respondía con evasivas, se dedicaron a pasear. O simplemente a sentarse en el jardín de Gustaf a charlar, a leer o a jugar a las cartas.

Gustaf era la estrella del equipo de fútbol local y uno de los chicos más populares del instituto. Minoos lleva años oyendo elogios sobre él. La mayoría son variaciones sobre lo perfecto que es pero, para ella, la palabra que mejor lo describe es «agradable». Él hace que todo le resulte mucho más sencillo. Los ratos que pasa a su lado se han convertido en zonas francas en su mundo que, por lo general, es todo lo contrario.

Pero cuando no está con él vuelven las dudas. Se pregunta por qué queda con ella realmente, si la ha convertido en una especie de proyecto de beneficencia.

Cruzan paseando el puente del canal, siguen los remolinos oscuros del agua, dejan atrás las compuertas de las esclusas y continúan por el sendero bajo la bóveda frondosa de los árboles. Una avispa revolotea con zumbidos insistentes alrededor de Minoos, que la espanta de un manotazo.

—Dime, ¿cómo van las cosas? —le pregunta Gustaf.

La avispa desaparece entre los árboles. Minoos sabe que se refiere a lo que ha oído que ocurría en el interior de la casa; llevará todo el verano imaginándoselo.

—Perdona, a lo mejor no quieres hablar del tema.

Minoos vacila. La amistad con Gustaf es como un refugio. No quiere enturbiarla.

—¿Tus padres también discuten así?

—Cuando era pequeño, sí. Ahora ya no —dice Gustaf y hace una pausa—. Yo creo que a estas alturas ni se molestan.

Minoos lo mira sorprendida. Siempre ha tenido la impresión de que la de Gustaf es como esas familias cursis de las comedias americanas de segunda. Que a veces se enfadan por un malentendido cómico, pero siempre terminan abrazándose todos, después de haber aprendido una lección.

—Intento no darle muchas vueltas, pero estoy seguro de que se separarán cuando me vaya de casa —prosigue Gustaf—. Soy el único de los hermanos que vive con ellos todavía. Después no habrá nada que los mantenga unidos.

—¿Eso crees?

—Yo pienso que uno se da cuenta de cuándo se quieren dos personas. Es como si hubiera... algún tipo de energía entre ellas. ¿Entiendes a qué me refiero?

Minoos asiente con un murmullo. Lo sabe perfectamente. Ella misma sintió esa energía con Max. Antes de saber quién era en realidad. Que fue él quien mató a Rebecka.

—Entre mis padres no hay nada de eso —dice Gustaf—. Lo supe cuando me enamoré.

Gustaf guarda silencio y Minoos sabe que está pensando en Rebecka.

Fue su muerte lo que los unió. Pero cada vez hablan menos de ella. Minoos evita el tema. Porque cuanto más se acerca a Gustaf, más difícil le resulta participar en la mentira de que la muerte de su novia fue un suicidio.

Ve que se le ensombrece la cara con esa expresión que a ella le resulta tan familiar y le entran ganas de preguntarle cómo está, si

todavía tiene pesadillas en las que ve cómo murió Rebecka, si todavía se culpa. Quiere ser la amiga que él se merece.

Pero ¿cómo puede ser su amiga y, al mismo tiempo, mentirle sobre algo de tal envergadura?

Desearía poder contarle la verdad, pero eso es algo que nunca podrá hacer.

El bosque se abre hacia un prado de flores ya marchitas y muertas. En el otro extremo hay un caserón abandonado.

—¿Sabías que esto era una hospedería? —dice Mino para cambiar de tema.

—Pues no —responde Gustaf—. ¿Y cuándo fue eso?

—Me lo ha contado mi padre. Fue en el siglo XIX. Unos hosteleros de Estocolmo compraron la casa y se mudaron. Se gastaron un dineral en reformarla. El restaurante recibió unas críticas excelentes pero, un año después, tuvieron que cerrar. No había huéspedes. Mi padre dice que los habitantes de Engelsfors se reunieron para hablar y decidieron que no tenían el menor interés en gastarse el dinero en unos holmienses. Como si la ciudad no fuera a beneficiarse de que por fin sucediera algo.

Gustaf se echa a reír.

—Típico de Engelsfors.

Se paran y observan un rato la casa abandonada. Es una construcción enorme de madera, con dos plantas. Sin duda, la casa más grande y más bonita de la ciudad. Claro que no es que tuviera mucha competencia. Una amplia escalinata de piedra conduce del jardín asilvestrado hasta un porche con dos columnas macizas que sostienen el gran balcón de la segunda planta.

—¿Nos acercamos a ver? —dice Gustaf.

—Vale.

Echan a andar por el prado. La hierba seca, que le llega a Mino a las rodillas, cruje bajo sus pies y piensa horrorizada en todas las garrapatas hambrientas que estarán oliendo la sangre.

—¿Te quedarás a vivir en Engelsfors? Me refiero a cuando acabes el instituto.

—Primero tengo que hincar los codos. No sé lo que haré después. En cierto modo, me gusta esta ciudad. Es mi hogar. Pero aquí no hay futuro. Por otro lado, quizá por eso habría que volver. Construir algo.

—¿Como abrir una hospedería?

—¿Tú crees que vendría alguien si yo fuera el dueño?

Sí, piensa Minoo. Por supuesto que sí. Porque tú eres tú.

—Pues claro. No eres de Estocolmo.

De cerca se aprecia el estado ruinoso de la casa. La fachada se ha descolorido, la pintura está desconchada y hay zonas en las que se ve la madera. Las ventanas de la planta baja tienen las contraventanas cerradas. Minoo piensa en los antiguos dueños, en todo el trabajo que le dedicaron. Y ahora está otra vez en ruinas.

Gustaf empieza a subir por la escalinata hacia el porche, pero se detiene a medio camino. Presta atención.

—¿Qué pasa? —dice Minoo.

—Creo que hay alguien dentro —dice Gustaf en voz baja.

Camina a lo largo de la fachada lateral. Minoo lo sigue, mirando nerviosa hacia las ventanas de arriba. Rodean la esquina y salen a la parte delantera.

Hay un coche verde oscuro aparcado en la explanada, delante de la entrada de la casa. La puerta del copiloto está abierta de par en par, y Minoo ve a un chico sentado en el interior.

Cuando los ve llegar, sale del coche con un movimiento ágil.

Será de su edad y es más alto que Gustaf. Unos rizos de color rubio ceniza le enmarcan la cara, de rasgos limpios y piel lisa y sin imperfecciones. Parece salido de uno de esos anuncios de lujo, en los que todo el mundo practica vela y juega al golf permanentemente.

—Hola —dice Gustaf—. Perdona. Creíamos que la casa estaba abandonada...

—Pues creíais mal —responde el chico.

Tiene el típico acento «elegante» de Estocolmo que, por amable que sea la persona, tanto irrita a la mayoría de los habitantes de Engelsfors.

Y en este caso, no hay ni rastro de amabilidad en su voz.

Gustaf lo mira atónito.

Claro, piensa Mínoo. No está acostumbrado a que la gente sea desagradable con él.

–Eso parece –dice Gustaf–. ¿Os vais a mudar aquí?

–Sí –dice el forastero como si nada le aburriera tanto en la vida.

A Mínoo le arden las orejas. Lo único que quiere es irse de allí con Gustaf. No tiene sentido seguir con la conversación. Ni siquiera el encanto de Gustaf conseguirá hacer mella en ese chico, que cierra el coche de un portazo y se pasa las manos por la raya de los pantalones. Luego levanta la vista y mira fijamente a Mínoo. Tiene la sensación de que puede verla por dentro y que no está impresionado.

–Venga, vámonos –murmura, y coge a Gustaf del brazo, tirando de él para apartarlo de allí.

–Este tío no va a mejorar la reputación que tienen en la ciudad los de la capital –dice Gustaf mientras caminan de vuelta por el prado.

–Pues no, no mucho –dice Mínoo.

Al llegar al lindero del bosque, se da la vuelta y mira otra vez hacia la casa. Cree detectar un movimiento en la segunda planta.

–¿Qué quieres que hagamos ahora? –dice Gustaf.

–No lo sé.

Entonces le suena el móvil y lo saca del bolsillo de la falda. Tiene un mensaje de Linnéa. Lo lee.

–¿Ha pasado algo? –dice Gustaf.

–No –le miente–. Nada de nada.



### 3

Las sombras gigantescas de los árboles se vierten extendiéndose por el suelo pero no dan frescor. Al contrario, el calor es más opresivo en el bosque. El aire parece pesado y huele a una mezcla de resina, pinochas y madera calentada por el sol. Y a ese aroma a bosque tan particular que Anna-Karin es incapaz de describir con palabras. Respira profundamente mientras sigue un pequeño sendero que serpentea entre arbustos de arándanos y troncos rugosos.

A su alrededor reina la quietud. Pero no encuentra la calma que ha ido a buscar.

El bosque, los animales y el abuelo han sido siempre su refugio. Pero hasta que no se mudó con su madre a un apartamento del centro de Engelsfors no comprendió de verdad lo mucho que todo aquello significaba.

Han vendido la granja. El abuelo vive en la residencia de ancianos de Solbacken. Pero el bosque sigue siendo suyo. Ha venido casi todos los días durante las vacaciones. Para alejarse de los empujones de la gente, de sus miradas, del asfalto y los ladrillos, y del hormigón y la fealdad. Aquí puede respirar mejor. Se atreve incluso a soñar.

Sí. Así *suele* ser. Pero hoy hay algo diferente.

Todos los niños de Engelsfors crecen oyendo la cantinela «No te apartes del sendero del bosque». Se diría que los mapas y las brújulas no funcionan como debieran, y hace tiempo que abandonaron todo intento de realizar juegos de orientación en los días de vacaciones. Siempre acababan en batidas de búsqueda. Es como si el bosque fuera más grande cuando estás dentro que cuando lo observas desde fuera.

Cuando Anna-Karin era pequeña desaparecieron varias personas sin dejar rastro.

Pero esta es la primera vez que experimenta ante el bosque la misma sensación que muchos otros habitantes de Engelsfors: desasosiego. Cae en la cuenta de que no ha oído el canto de ningún pájaro, ni el zumbido de un solo insecto. Pese a todo, sigue adentrándose en las profundidades del bosque, dejándose envolver por él.

El sudor empieza a caerle por las sienes y se da cuenta de que está subiendo una colina. La pendiente es tan débil que no se aprecia a la vista, pero se nota en las piernas. A su derecha el sol brilla en unas pozas. La superficie reflectante del agua le recuerda la sed que tiene. ¿Cómo ha podido olvidarse de llevar algo de beber?

El camino se vuelve más empinado y pedregoso. Es como si alguien hubiera subido aún más la temperatura. Las hojas secas crujen cuando aparta las ramas. Nota en los labios el sabor salado del sudor y oye el jadeo de su propia respiración.

El terreno comienza a allanarse y los árboles clarean cada vez más. Se sienta en un tocón podrido e intenta recobrar el aliento. Nota los labios reseco bajo una película de sudor. Tiene cada vez más sed y se marea al cerrar los ojos. Se obliga a respirar lenta y profundamente, pero es como si solo le entrara en los pulmones el mismo aire viciado una y otra vez.

Abre los ojos.

El aire vibra. De repente, se intensifican los colores y los aromas se acentúan.

Delante de ella se alza un árbol muerto. Parece una persona con los brazos levantados al cielo. El tronco tiene un agujero que recuerda a una boca. La corteza desconchada es de un color ceniciento.

Ese árbol no estaba ahí antes.

La idea es sencillamente ridícula. Los árboles no aparecen a hurtadillas. Y mucho menos los árboles muertos.

Anna-Karin se pone de pie. Vuelve a marearse. Tiene que irse a casa. Y tiene que beber agua.

Pero el árbol muerto le produce cierta fascinación. Se aparta del sendero y va hacia él. Las ramas secas se quiebran bajo sus pies. Producen un sonido ensordecedor en el silencio compacto. En algunos lugares, los arbustos de arándanos están tan secos que los pulveriza al pisarlos. Estira la mano, roza el tronco ardiendo y sigue adelante como en un sueño.

Más allá de ese árbol fantasmagórico, el terreno cae en picado a un precipicio. A lo lejos se ven las chimeneas de la fundición abandonada.

Se divisa aquí y allá algún que otro árbol desnudo. Troncos altos emblanquecidos al sol.

No es solo por la sequía, piensa, sin saber de dónde le ha venido la idea. Hay algo que está matando al bosque.

Se da la vuelta despacio. Tarda unos segundos en descubrir a un zorro justo al lado del tronco en el que ha estado sentada. El animal la mira apacible con los ojos ambarinos.

Siente el sol como un peso ardiente en la coronilla y el sudor le cae sobre los ojos mientras el zorro y ella se observan. No se atreve a moverse, no quiere asustarlo.

Pero al final tiene que frotarse los ojos que le escuecen con la sal del sudor.

Cuando aparta las manos, el zorro ha desaparecido.

Anna-Karin sale del ascensor de la residencia de ancianos de Solbacken. Las suelas de los zapatos resuenan con un chasquido pegajoso en el linóleo. Encuentra a su abuelo en la sala común, sentado en la silla de ruedas junto a la ventana. Está muy delgado. Cada vez que lo ve es como si hubiera encogido un poco más.

Una mujer con la consabida permanente de señora mayor dormita en un sillón. Aparte de ella no hay nadie más excepto el abuelo. Sonríe al ver a Anna-Karin. Tiene los ojos alegres. La reconoce. Parece que hoy es uno de los días buenos. A Anna-Karin se le ensancha el corazón, casi se le sale del pecho. Le acerca

la revista de pasatiempos que le ha comprado en el quiosco de Leffe.

—¿Hoy no toca un abrazo? —dice mientras deja la revista en la bandeja de la silla de ruedas.

—Estoy muy sudada, mejor que no.

—Qué tontería, niña. Ven aquí —dice el abuelo.

Antes el abuelo nunca acostumbraba a dar abrazos. Pero ha cambiado mucho. Anna-Karin rodea cuidadosamente el cuerpo frágil del anciano.

—¿Has comido algo hoy? —dice Anna-Karin al soltarlo.

—Si no me muevo no me da hambre. Me paso los días sentado o tumbado.

Inmediatamente la invaden los remordimientos. No puede perdonárselo. Fue culpa suya que el establo se quemara y que el abuelo resultara herido.

—Además, siempre ponen la comida ardiendo.

—¿Bebes lo suficiente por lo menos? —dice ella mirando de reojo el vaso de zumo de manzana medio vacío que hay sobre la bandeja de la silla de ruedas.

—Que sí... —le responde tranquilizándola con un gesto.

Anna-Karin se dice que tiene que preguntarle al personal de la residencia si es verdad que el abuelo bebe lo suficiente. Al principio del verano llegó a deshidratarse tanto que tuvieron que ponerle suero.

—¿Qué has hecho hoy? —le pregunta el abuelo—. ¿Has estado en el bosque?

—Sí —responde Anna-Karin vacilante.

Cada vez que va a verlo a Solbacken le pide que le describa todos los detalles, los olores, los sonidos y los matices de la naturaleza. Pero no está segura de si debería contarle lo que ha visto hoy en el bosque. No quiere preocuparlo.

—Bonita mía —le dice—. ¿A qué le estás dando vueltas?

Se decide. Tiene que hablarle del silencio aterrador y del bosque que se está muriendo. Porque si hay algo que pueda animar al abuelo es sentirse útil. Que todavía lo necesitan. Que hay alguien que quiere oír lo que él tenga que contar.

El abuelo ni se inmuta mientras Anna-Karin habla, pero ella nota por su postura que está tenso.

Cuando empieza a contarle lo del árbol muerto, el abuelo le aprieta la mano.

–Te has apartado del sendero –le dice–. No lo vuelvas a hacer.

–Ha sido solo un trecho.

–Lo suficiente para que el bosque te atrape. Allí está pasando algo. No te apartes del sendero, Anna-Karin.

Mira al abuelo preocupada. Siempre le ha enseñado a respetar la naturaleza, pero sin intención de asustarla.

–¿Qué quieres decir?

No le responde. Mira al pasillo. Åke, uno de los amigos más antiguos del abuelo, viene andando hacia ellos, y los saluda sonriente.

Anna-Karin advierte el desconcierto en la mirada del abuelo.

–Mira, por ahí viene Åke.

El abuelo carraspea.

–Anda, pues sí, es Åke. Qué bien.

Anna-Karin sonríe al anciano cuando se les acerca.

–Cada día que pasa te pareces más a tu madre –le dice.

Anna-Karin se esfuerza por seguir sonriendo. Se oye un pitido en el bolsillo de la sudadera. Saca el móvil.

Tiene un mensaje de Minoo.

